

p. Battista Cortinovis, s.m.m.

## **MAESTRO ESPIRITUAL PARA EL AÑO 2000**

El 28 de abril la Iglesia celebra la memoria de San Luis María Grignon de Montfort. Un Decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, emitido recientemente, ha insertado esta celebración en el Calendario general de la Iglesia. Este año será entonces la primera vez que la celebración del Santo de Montfort es propuesta a todos los fieles.

En este año 1997 se celebran además los 50 años de la canonización del Santo realizada por el Papa Pío XII, el 20 de julio de 1947. Los Superiores Generales de los Misioneros Monfortianos de la Compañía de María, de las Hijas de la Sabiduría y de los Hermanos de san Gabriel, han proclamado un especial *año monfortiano*, orientado a hacer conocer mejor la espiritualidad del Fundador. Se están realizando múltiples iniciativas: celebraciones, congresos y publicaciones, que sirven para resaltar la actualidad de la enseñanza espiritual de Grignon de Montfort.

En los últimos años hemos tenido diferentes señales de la influencia que Montfort continúa ejerciendo en la vida de la Iglesia. Ya en los textos marianos del Concilio Vaticano II se había notado una particular semejanza con la doctrina monfortiana, contenida sobre todo en el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*. Gerard Philips, que había trabajado en la redacción del capítulo VIII de la *Lumen gentium*, interpelado sobre el asunto, no tuvo dificultad en reconocer que el *Tratado* de Montfort estaba bien presente en su mente y en su corazón, mientras redactaba aquellos textos.

Hace unos años se pidió que se proclamara a Montfort *doctor de la Iglesia*. La petición fue suscrita por Cardenales, Obispos, Superiores Generales de Ordenes y Congregaciones religiosas. Un reconocimiento oficial del valor espiritual de la doctrina de Grignon de Montfort lo hemos tenido, de manera prominente, con la referencia hecha por Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Mater* (n. 48), donde Montfort es propuesto como «testigo y guía» para cuantos desean vivir la espiritualidad mariana.

Puede ser todavía más significativo que Montfort sea buscado hoy por tantos fieles, en su renovado deseo de espiritualidad. El sacerdote Giuseppe De Luca, en su libro *Luis María Grignon de Montfort, Ensayo biográfico* (Roma, 1985), había intuido bien el encanto que este misionero popular hubiera ejercido por mucho tiempo en la Iglesia, proponiendo un camino de fe sencillo, pero profundo y capaz de conducir a la santidad. Benedetta Pappasogli, en una biografía de alta inspiración (*Montfort, un hombre para la Iglesia de hoy*, Ed. Monfortianas, 1991), lo presenta como un gigante de santidad, capaz de cuestionar los cristianos de hoy. Las

*Ediciones Monfortianas* pueden atestiguar como los escritos de Montfort, autor espiritual de hace tres siglos, son requeridos y leídos como si fuesen de hoy. Muchos en la Iglesia los consideran como un verdadero maestro de espíritu, capaz de hacer apreciar a los creyentes contemporáneos las bellezas y las dulzuras de las verdades evangélicas.

Juan Pablo II se encuentra entre éstos, y en más de una ocasión el mismo lo ha confesado. El lema *Totus tuus* de su programa es de derivación monfortiana. En el pasado mes de setiembre el Papa ha podido realizar un deseo cultivado desde tiempo: el de visitar la tumba del santo de Montfort, en Francia. Dijo entonces el Papa: «Estoy feliz de empezar mi peregrinación en tierra de Francia bajo el signo de ésta gran figura. Ustedes saben que yo le debo mucho a este santo y a su Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen».

Grignon de Montfort es conocido sobre todo por la espiritualidad mariana que el propone. No se trata simplemente de una *devoción a la Virgen*, sino de una verdadera escuela de fe, que conduce a descubrir de nuevo la propia consagración bautismal, a vivir en el Espíritu el proceso de transformación en Jesucristo, escogiendo a María como guía y modelo, para llegar a la perfecta comunión con Dios. Además del *Tratado*, y probablemente antes todavía, hay que conocer otro escrito de Montfort: *El amor de la Sabiduría eterna*. Desde este escrito se manifiesta más claramente el contexto de la enseñanza monfortiana, fuertemente caracterizada por la dimensión trinitaria y por la perspectiva cristológica.

La escuela monfortiana de espiritualidad pone el acento sobre la vida en el Espíritu Santo y en María, durante el tiempo de la Iglesia. El misterio de la Encarnación es central, «compendio de todos los misterios» (*Tratado*, n. 248) y paradigmático del actuar de Dios (*Tratado*, n. 22): desde ahí se desarrolla el misterio pascual de Cristo y los misterios que el creyente vive y celebra en la Iglesia. Por esto la presencia activa de María en el misterio de la Encarnación implica – según Montfort – una presencia suya activa en el tiempo de la Iglesia y hasta el fin del tiempo. Esta misión de María, madre de Cristo y madre de los creyentes va reconocida, acogida e imitada. «Nadie, fuera de María, encontró gracia delante de Dios para así misma y para toda la humanidad; nadie sino Ella tuvo el poder de encarnar y dar a luz a la Sabiduría eterna, y nadie, fuera de ella, puede, aun hoy – por decirlo así –, encarnarlo en los predestinados gracias a la operación del Espíritu Santo» (*El amor de la Sabiduría eterna*, n. 203).

La consagración a Jesucristo por las manos de María es propuesta por Montfort como la renovación de las promesas bautismales, para progresar con rapidez en el camino de la configuración a Jesús, o sea de la santidad, a la cual todo fiel es llamado. De María a Jesucristo y por Jesucristo, en el Espíritu, al Padre. Además, el celo apostólico que ha consumido la breve vida del misionero Luis María de Montfort, caracterizará también a los «apóstoles de los últimos tiempos» (*Tratado*, n. 58), es decir a los grandes santos, educados y formados por el Espíritu Santo en colaboración con María, por cuyo ministerio quedará «renovada la faz de la tierra y la Iglesia será reformada» (*Súplica ardiente*, n. 17).

En víspera del gran Jubileo del Año Dos Mil, ¿no son éstos los motivos teológicos y espirituales que Juan Pablo II recoge en su Carta apostólica *Tertio*

*Millennio adveniente?* Una experiencia más viva de los misterios de la Encarnación y de la Redención, vuelve a la Iglesia más consciente de la presencia salvadora de Cristo, en el transcurso de los siglos y de los milenios. Una nueva evangelización debe acelerar y evidenciar más el reino de Dios en medio de la humanidad. El camino trazado en preparación al gran Jubileo, va desde Jesucristo (1997), en el Espíritu Santo (1998), hasta el Padre (1999). La presencia de María acompaña a la Iglesia y a cada creyente en todo momento de este itinerario. Madre de Cristo, mujer dócil a la voz del Espíritu, hija predilecta del Padre, María «dedicada constantemente a su divino Hijo, se propone a todos los cristianos como *modelo de fe vivida*» (TMA, n. 43).

No se podría imaginar un contexto mejor para valorizar la enseñanza espiritual de san Luis María Grignion de Montfort, evidenciando entonces su gran actualidad para la Iglesia del Tercer milenio.